

## RECUERDOS CON HISTORIA, 173

### UNA PINTURA MILITAR

Por V. Navarro

Me parece un buen ejercicio de justicia artística tratar de resaltar algún que otro pintor decimonónico de alto nivel que suele pasar inadvertido por diversas causas pero que bien merece un reconocimiento y un adecuado examen de, por lo menos, alguna de sus obras relacionadas con la milicia.

Hablar del magnífico **José Cusachs** o del incomparable y felizmente presente **Augusto Ferrer Dalmau** es casi obligado en los menesteres de pintura militar española. Se lo merecen más que de sobras. No obstante, más de una vez se pasa de largo por las producciones de ciertos destacadísimos “pincheles” que también tuvieron el detalle de ofrecernos alguna que otra tela de aire castrense de magnífica hechura y mejor calidad. Son pintores a quienes les puede haber ocurrido un poco aquel concepto de Unamuno que llamó “intrahistoria”, es decir, la que sale poco en los periódicos y medios de comunicación y que olvida un tanto a artistas y creadores que siguieron unas vidas y unas obras algo ocultas, pero tan fértiles y ricas como fecundas.

En este caso me referiré a **Salvador Sánchez Barbudo** un pintor de altísimo voltaje, natural de Jerez de la Frontera, donde tiene una calle dedicada, que tuvo a bien destacar por sus inigualables pinturas representativas de la más alta sociedad española tan distinguida ella, tan aristocrática y tan imbuida de religiosidad como la del siglo XIX. Tal vez su nombre no sea muy conocido pero una vez localizado y visionadas sus obras te puedes quedar de una pieza. Sus telas y retratos están, a mi juicio, a la altura de un Vicente López, de un Joaquín Sorolla o de un Mariano Fortuny incluyendo al alemán Franz X. Winterhalten cuando retrató a nuestra reina Isabel II. Y no se me enfaden quienes sí conocen a la perfección a Salvador S. Barbudo porque llevo preguntando varias semanas a parientes, amigos y cuñados de conocidos. No obstante, reconozco que hubo un determinado y distinguido porcentaje de personas que sí supieron dar cumplida razón.

Este pintor firmaba sus cuadros con su segundo apellido “**Barbudo**”. En sus primeras etapas de aprendizaje y vida profesional estuvo en Sevilla y Madrid y, finalmente, con ayuda de un amigo bien situado económicamente, pasó a vivir en la capital de Italia donde contactó con lo mejor del mundo del arte, ciudad donde se casó y donde falleció a los 60 años. Por eso adquirió la costumbre de añadir bajo su firma, en esta segunda etapa de su vida, la palabra “Roma” (a veces seguida de una fecha) en sus telas allí realizadas. Vivió entre 1857 y 1917 y nos legó una obra descomunal digna de los mejores artistas-costumbristas que tuvimos en el siglo del romanticismo, es decir, que forma parte de aquellos pintores gracias a los cuales se puede entender mejor la Historia.

Quisiera hoy aquí destacar una de sus telas, de 43x70 cm., aparecida hace más de veinte años, como por arte de magia, entre los antiguos, añosos y nobles “trastos antiguos” de los “*Encants de Barcelona*”, también llamados “*Bellcaire*” (bello aspecto),

perfectamente conservada y con su marco original cosa que no ocurre precisamente cada día. Representa a un soldado de un batallón de Cazadores de Infantería de la época de Alfonso XII. El soldado se halla de perfil girando la cara a su derecha como si mirara al pintor. Va vestido con el uniforme reglamentario de campaña de verano empleado durante la Tercera Guerra Carlista. Destaca su ros con funda blanca, cogotera y bombillo. No emplea al pesado capote invernal sino la levita o chaqueta corta y se halla en uso de las clásicas alpargatas. Sus armas son un fusil Rémington modelo 1871 y su bayoneta correspondiente del mismo año y modelo.

La figura del soldado, en actitud entre serena y sorprendida, ofrece unos pormenores muy significados propios de un gran pintor: el óptimo trabajo de la cara y de la mano izquierda que descansa sobre la boca del fusil; la perfección técnica de los pantalones rojo grancé; el equipo personal perfilado al detalle y, finalmente, el delicado paisaje del fondo. Ante esta singular presencia, equilibrada y mayestática, uno no puede por menos de reconocer la maestría del autor. Realmente fue un artista de la pintura al óleo. Por ello, como tantas y tantas veces ha ocurrido y ocurre, alguien no pudo resistir la tentación de reproducir la figura. Es la única manera de que se pueda disfrutar un poco de una obra sin tener que desembolsar media fortuna, caso de tenerla, porque es bien sabido que existen colecciones solo de copias de grandes pintores que bien merecen atención y respeto.

En nuestro caso y una vez localizado el cuadro, el que ha sido su “reproductor”, un servidor, o sea yo, con pinceles de los números tres al dos ceros y permiso del feliz propietario del original, he dibujado el “doble” de Barbudo con la técnica del gouache y colocando al soldado sobre un sencillo fondo “africano” –acacia de copa plana y fondo de la cordillera del Atlas- como insinuando que también allí fueron enviados muchos batallones de Cazadores, durante las campañas de 1859/60 y 1909/27, muchos de ellos procedentes de cuarteles ubicados en tierras catalanas. Sí, sí, ya sé, no es lo mismo un Sánchez Barbudo que mi modesto y recatado gouache, por supuestísimo, pero eso no quita que me lo pasé divinamente, que una vez enmarcado y colocado dignamente no quede mal y que, de paso, haya dado a conocer y reivindicar un exquisito pintor hispano-andaluz del siglo XIX del que, para más de uno, habría pasado desapercibido incluyéndome a mí mismo.

Perdón y muchas gracias.



Este es el cuadro aquí comentado aparecido en los “Encants” de Barcelona. La magnífica presencia del soldado y el modo en que se trató el óleo denotan un excelente pincel de primera línea con latido de artista capaz de reinventar, con alma, nuevas y sabias pinceladas.



En este zoom podemos apreciar la excelencia de la tela con el protagonista visto de medio cuerpo.



Detalle de la mano izquierda del soldado. Impecable.



Firma del autor al pie su trabajo. No es de extrañar que haya obras suyas en instituciones tan importantes como el Museo del Prado, Thyssen-Bornemisza, Bellas Artes de Asturias y tantos otros.



Este es el gouache (33x50cm) que me atreví a realizar, pura expansión del corazón, aprovechando las horas de confinamiento por la pandemia y el tiempo calmo del que disponemos los jubilados.